

PUEBLOS Y ACTITUDES

ROMA

INGLESES, ALEMANES Y ESPAÑOLES

Los ingleses son un pueblo de opiniones. Los alemanes un pueblo de problemas. Los españoles un pueblo de convicciones.

La *opinión* se inclina a un enunciado con reservas. La opinión elude la entrega total. La opinión no necesita llegar a las últimas consecuencias, porque el punto de partida on las justifica. La opinión es flexible para el cambio oportuno. La opinión no excluye a su contraria; la está suponiendo expresamente, y la está concediendo ese tanto de probabilidad que a ella le falta. La opinión puede convivir armónicamente con su contraria; y departir gustosamente con ella. La opinión detesta la rigidez del dogma y la urgencia de la acción consecuente.

Podéis analizar la lengua inglesa: si os preguntan de una palabra "es sustantivo o verbo", responderéis "según convenga". La misma palabra, sin mutación, puede servir para dos funciones, según convenga. Y dentro del mismo verbo la misma forma sirve para muchísimos aspectos distintos, según convenga. Y de un adverbio harán un adjetivo, de un nombre propio un verbo. Y aceptarán innumerables palabras de todos los continentes según convenga. Toda la lengua inglesa está viviendo de la convivencia armónica de dos ramas que actúan según convenga. Diríamos que la gramática inglesa tiene pocas convicciones, y una gran flexibilidad.

Hablamos de la opinión como actitud humana. Porque las cosas y los seres son precisos y definitivos. Pero su actuación sobre nosotros no siempre es definitiva. Por eso pueden provocar esa reacción intermedia que llamamos la opinión. Cuando el hecho actúa definitivamente, con el vigor de la evidencia innegable, la reacción humana es la certeza; pero en los demás casos, la opinión siempre se queda a distancia de la certeza. Y cabe una manera de ser, una actitud interior que procura quedarse siempre que puede en el camino, sin llegar, para no destruir un grupo de posibilidades tentadoras. La certeza tiene la fuerza brutal de matar todas las restantes opiniones. Y esto es trágico para un hombre de opiniones. Oscar Wilde representó artísticamente el tipo extremo de ese elegante escepticismo que se contenta con opinar siempre, sin afirmar nunca. Quizás el tipo inmor-

talizado por Oscar Wilde no sea tan actual entre los ingleses pero entraña algo que es típico de ese pueblo.

La religión católica, religión de dogmas ineludibles y de consecuencias urgentes, no va tan bien con el temperamento inglés. En su gran movimiento de vuelta, han llegado hasta hacerse "anglo-católicos"; pero les cuesta dar el paso definitivo. Ellos mismos confiesen que el inglés es inconsecuente, y con esta respuesta se satisfacen.

Los ingleses no serán consecuentemente hostiles ni consecuentemente aliados, sino según convenga. Si alguna convicción tienen los ingleses, es la superioridad del pueblo británico sobre el "continente" y sobre los demás pueblos. No les condenemos por ello, que esta convicción la comparten otros muchos pueblos; y con más acritud y apasionada violencia —el chauvinista francés, el patriotero español, etc. La diferencia puede ser que en otros pueblos, además de esta convicción política, hay otras muchas. Entre los ingleses parece ser la única. ¿O es quizás una convicción inglesa el culto por los usos tradicionales? Para un inglés es razón decisiva para no hacer una cosa, el que no sea costumbre "isn't use"; y viceversa, para hacerla. Pero me parece que esto no es una convicción, sino un recurso pragmático para la falta de convicciones. Como no vamos a llegar a la certeza, ni nos importa, nos basta con la venerable costumbre tradicional. Esa costumbre es práctica y nos basta. Hay cosas que en el continente se llaman atraso y en Inglaterra tradición; con fundamento, porque los ingleses de ningún modo son un pueblo atrasado.

Esta actitud predominante ha prestado a la política inglesa una prodigiosa flexibilidad; en contraste con la rigidez alemana; y unida a otras cualidades sobresalientes del pueblo inglés, ha conseguido una eficacia y un éxito casi único en la historia. Que esta eficacia y éxito tienen su reverso lamentable y aun trágico, es asunto que no hace falta inculcar a los españoles.

El alemán es un pueblo de *problemas*. El mundo es para él un depósito de problemas. Los seres encierran, como caracoles, en cápsulas espirales su misterio cada vez más íntimo. La historia es para él un almanaque de acertijos. Le gustan las soluciones porque plantean nuevos problemas. Desconfían de las soluciones lúcidas y definitivas. Nos tachan a los meridionales de conceptualistas, porque descansamos en fórmulas precisas, soluciones finales de problemas. El dogma, la solución definitiva e inapelable es para ellos punto de partida para seguir indagando los problemas que abre. Y cuando una solución no abre más caminos, vuelven a problematizarla, a revisarla, para mantener su eterno interés fáustico. Para nosotros, los meridionales, el conocimiento es una contemplación; para ellos una actividad.

El doctor Fausto vuelve de su paseo y se entrega a traducir el Evangelio de San Juan. Encuentra escrito "en el principio era la Palabra"; no le satisface, traduce: "En el principio era el Sentido"; la traducción no convence, y sustituye: "En el principio era la Fuerza"; no basta; al fin da con la verdadera fórmula: "En el principio era la Acción". Eso es una traducción no sólo a la lengua alemana,

sino al espíritu alemán. El Fausto es una encarnación del alma alemana.

Podría contradecir estas observaciones el éxito que tuvo en Alemania el Racionalismo. Porque el racionalismo, al parecer, busca y aspira a soluciones definitivas de todo; rechaza todo misterio. Penetremos un poco más: el racionalismo ha exaltado la Razón, la capacidad de raciocinar; es decir la facultad de saltar de una verdad a otra; de convertir el problema en verdad y la verdad en problema. El entendimiento es contemplación; la razón es proceso intelectual. De los misterios rechazó esa ingerencia externa que afirma sin más una realidad impenetrable; que prácticamente niega la actividad humana capaz de explicar el problema. Pero no apreció cómo los misterios habían provocado una estupenda teología especulativa, es decir una teología amante de los problemas que planteaban los misterios. El racionalismo no contradice totalmente el amor alemán por los problemas; en parte lo confirma.

Por su actitud problemática serán los alemanes eternos descubridores en el mundo del espíritu; siempre en cabeza y siempre inquietos con lo conseguido. Yo no sé lo que harán los alemanes en el cielo con todos los problemas definitivamente resueltos.

Mirad a un alemán a vueltas con un problema o un sistema de problemas. Tras larguísimas horas de calentar la silla, encuentra una categoría. Con ella hace un trabajo impropio por explicar la totalidad de los problemas, o al menos un grande repertorio. Si su trabajo abarca la realidad entera, habrá creado un sistema filosófico. Si un sector restringido, habrá construido un sistema científico. A los diez años se descubre que aquella categoría no puede explicar todos los problemas planteados, entre otras razones, porque ha planteado otros tantos. Y un nuevo alemán revisa las soluciones de su antecesor, las problematiza, hasta dar con la nueva categoría que supere a la precedente y explique todos los problemas. A los diez años otro nuevo alemán comprueba que las dos categorías ensayadas han iluminado muchos problemas, y lo que es mejor, han planteado otros nuevos; pero no han solucionado todo; y busca una nueva categoría que los explique. A los diez años —y van cuarenta— otro alemán supera con una nueva categoría todas las precedentes. Pero no acaba de llegar el alemán que falle el asunto: una sola categoría no puede explicarlo todo.

Esta dialéctica del pueblo germánico, que en la anterior descripción puede parecer algo cómica, ha sido de una fecundidad incalculable. Palmo a palmo, decenio a decenio, categoría a categoría, han ido explicando innúmeros problemas y planteando nuevos. Si algún pueblo vive con pasión el mandato genesíaco "poseed la tierra", es el pueblo alemán por medio del pensamiento.

Hay una fórmula jocosa: "Un alemán un pensador. Dos alemanes un problema. Tres alemanes un partido político" (*Ein Deutscher ein Denker, Zwei Deutscher ein Problem, Drei Deutscher eine politische Partei*). Es una fórmula que tiene mucha miga.

(Después de lo dicho, no piense el lector que pretendo explicar todo el espíritu alemán e inglés por un par de categorías: opiniones

y problemas. Son categorías que estimo muy características y que explican muchas cosas. Pero no lo explican todo; haría falta completarlas y matizarlas; no es ésta la ocasión para ello. Y lo mismo se ha de advertir de la próxima categoría que voy a aplicar a los españoles).

Y los españoles son un pueblo de *convicciones*. La convicción es mucho más que una mera contemplación intelectual. Es mucho más que la pura certeza. Cabría imaginarse un conocimiento evidente sin ser todavía convicción. La convicción es el conocimiento intelectual con una firme adhesión de la voluntad y el afecto. En la convicción se compromete el hombre; en la opinión se reserva.

Cuando decimos del acto de fe que es un asentimiento intelectual, tenemos buen cuidado de añadir que es libre, meritorio; es decir, que la voluntad ha participado en el acto no menos que el entendimiento. Queremos refutar a los que pretenden reducir el acto de fe a un vago y ciego afán, a un estado afectivo sin contenido intelectual preciso; queremos vindicar la existencia de una verdad precisa como objeto del acto; pero de ninguna manera intentamos reducir el acto a una pura contemplación intelectual. Libertad y mérito son categorías de la voluntad. Ese margen que le falta a la verdad de fe para la evidencia inmediata, lo suple la voluntad con su entrega incondicional a la persona. La oscuridad esencial al objeto y al acto de la fe queda compensada con el calor vital que enciende la voluntad. Tampoco valdría reducir el acto de fe a la suma de entendimiento más voluntad. Se trata de un acto complejo y sintético. Un acto, en suma, que compromete al hombre; y por eso puede ser raíz y comienzo de la vida sobrenatural.

Los actos o hábitos de fe son las grandes convicciones sobrenaturales del hombre. Una fe es más que una creencia. La fe a que se refiere San Pablo en la carta a los Romanos, es mucho más rica de contenido que un puro juicio intelectual, aunque sea firmísimo.

Los españoles son un pueblo de convicciones. Esta puede ser una de las razones providenciales por qué la religión católica ha arraigado tan profundamente en España. La gracia ha elevado, ha sublimado en la fe nuestra tendencia a la convicción. Y la religión católica nos ha servido una serie de verdades fundamentales y definitivas, de las que estamos definitivamente convencidos.

Notemos de paso la observación de un perito en materia de comunismo. Señala cómo el comunismo ha tenido más aceptación y arraigo en los países de más tradición católica. El fenómeno no se puede explicar solamente por el inferior nivel económico. El comunismo es un sistema dogmático; una política de convicciones; es un catolicismo al revés. Los países que no están dispuestos a aceptar dogma alguno, los países de puras opiniones son reacios a la infección comunista. El hombre de convicciones puede, en un momento de crisis, cambiar sus convicciones y abrazar con convicción las nuevas ideas. Es frecuente que los conversos del comunismo hayan resultado excelentes católicos con afán apostólico. No es tan frecuente que el apóstata del catolicismo resulte fervoroso comunista; porque parte de una infidelidad inicial. Hyde, el director converso del *Daily Wor-*

ker, titula su libro autobiográfico "I believed", "Yo creía". A lo largo de sus páginas expone la convicción con que vivió entregado a la fe comunista, su lento proceso de conversión, cuando comienza a fallar aquella fe falsa y comienza a conquistarle la fe verdadera.

La convicción es una actitud sintética. La opinión una actitud analítica. En la convicción la voluntad se funde con la afectividad y con el entendimiento. En la opinión, si para algo funciona la voluntad es para inhibirse; analiza los elementos y los separa.

Hay pueblos que son más bien sintéticos en sus reacciones; otros más bien analíticos. En general, los pueblos primitivos son sintéticos; la evolución cultural suele traer consigo un análisis, una división en la actividad del hombre. El concepto "primitivo" no es peyorativo; es sencillamente de doble filo. Además el progreso y la civilización no son los únicos elementos capaces de disolver la unión originaria.

Los hebreos tienen un verbo que se suele traducir "conocer". Los profesores tienen buen cuidado de advertir que no significa un conocer escueto, sino un conocer afectivo, volitivo; un acto sintético del hombre. Es decir, un verbo único representa la actividad compleja del hombre. Cuando se dice que Dios "conoce" a los justos, significa que Dios se interesa por ellos. El análisis psicológico, aun el espontáneo del lenguaje, ha ido distinguiendo los diversos aspectos del acto complejo, y los ha ido separando y ha buscado nombres distintos para ellos. Pero no faltan en cualquier lengua moderna verbos de tipo sintético. Nuestro "reconocer" puede indicar una síntesis de intelección y memoria, cuando reconocemos a una persona que hace veinte años no habíamos visto. Puede significar también una síntesis de conocimiento, afecto y voluntad, cuando agradecemos un beneficio recibido. Las lenguas primitivas tienen conjugaciones complicadísimas. Algunos piensan que deben ser muy sencillas; y sucede todo lo contrario. Porque tienen formas verbales para los actos concretos complejos. Cuando evolucionan las lenguas, los elementos sintéticos se dividen en piezas intercambiables. Enchufando y desenchufando diversas piezas, el instrumento nos sirve de lezna, martillo, destornillador de variado calibre, etc. El primitivo tendría un instrumento distinto para cada operación. La lengua es una manifestación fidelísima de la psicología, del alma de los pueblos.

No pensemos que el hombre analítico es automáticamente más perfecto, porque haya progresado más. El análisis puede llegar a la disolución; la separación de elementos a la disgregación; la división de la actividad interna a la esquizofrenia.

Algunos culturalistas modernos se quejan de que el hombre actual se está desintegrando y de que es urgentemente necesario un proceso de integración. Confiesen que la cultura se está devorando a sí misma o a sus creadores y reclaman una vuelta a formas más sintéticas, sin perder lo ganado en el largo proceso de análisis. Parece ser que el español, por retraso o por temperamento, no ha llegado al extremo de la disociación; y que su actitud sintética signifique todavía una reserva para las grandes decisiones. Pero ello implicaría también, que nos hemos perdido bastantes ventajas de un poco más

de análisis. El que otros hayan forzado la velocidad no es razón suficiente para que nos emperremos en no acelerar la nuestra.

El alemán se especializa en una actividad; y se atrofia en otras. Tiene vocación de especialista, de "monografista". Con frecuencia no atrofia otros valores sociales, y casi siempre conserva los familiares. Pero aun entonces propende a la distinción perfecta. Hoy es el funcionario exacto y riguroso; por la noche será el padre de familia cariñoso. Y el domingo se pondrá románticísimo ante los arroyos y los bosques de la Naturaleza. Mientras es funcionario no funciona como amigo —nada de recomendaciones—. Esto produce una seriedad y formalidad en los servicios públicos tremenda. Pero la formalidad trae consigo muchas formalidades.

El español no sabe de tales distinciones. El funcionario sigue siendo actualmente padre de familia y amigo y socio. En España casi no podemos prescindir de las recomendaciones, que es una ingerencia de lo social en lo oficial. En España nos asustan las formalidades, y perdemos la formalidad; las cosas se hacen más humanamente; de donde resulta que funcionan con menos exactitud. Lo malo es cuando el español intenta aclimatar las formalidades, sin arrepentirse de su informalidad; entonces la burocracia es una tortura nacional.

En resumen, los españoles somos pueblo sintético, de integración. Y por ello —entre otras razones— somos pueblo de convicciones. Sería interesante señalar hasta donde nuestro temperamento preparaba el camino al catolicismo y hasta dónde nos ha conformado el catolicismo; sería interesante, pero imposible. Nadie negará que el catolicismo ha contribuido a conformar nuestro temperamento nacional.

El español tiene convicciones religiosas, patrióticas, históricas, políticas, incluso taurinas o futbolísticas.

Ser hombre de convicciones es una cosa magnífica. Y es una cosa catastrófica. Según se desarrolle; como cualquier fuerza humana o natural. El que está convencido está dispuesto a luchar y morir por su convicción; que es vocación de mártir. El que está convencido quiere convencer a los demás, difundir sus convicciones; que es vocación de apóstol. El que está convencido está dispuesto a trabajar por su convicción; que es vocación de confesor. Y a la renuncia, por su convicción; que es vocación de asceta. Todo un santoral de convencidos corona la iglesia española.

El que está convencido no puede tolerar otra convicción. Y esto es vocación de inquisidor, de censor. Que al servicio de ciertas convicciones puede ser conveniente, incluso necesario; al servicio de otras es desolador.

El español está convencido de que su religión es la única verdadera y la revelada por Dios; por ella está dispuesto a luchar y morir en una guerra santa. Pero también puede estar convencido de que su personal interpretación de tal religión es la única verdadera; y por ello condenar interpretaciones diversas. Más aún, puede estar convencido de que Manolete echó a perder la "fiesta"; y por ello romperá con un íntimo amigo. Las convicciones son magníficas,

cuando el objeto lo merece. Son terribles cuando el objeto no las merece. Son desoladoras cuando el objeto las desmerece. Y el español, hombre de convicciones, no está dispuesto a inhibirse.

El extender el campo de las convicciones indebidamente es uno de nuestros mayores y más radicales peligros. En nuestra última guerra civil murieron muchos heroicamente por sus convicciones comunistas. Les faltó acierto, no les faltó nobleza de alma. Ojalá hubieran acertado de verdad. Y sin llegar a tal extremo, muchas convicciones exageradas hacen áspera nuestra convivencia humana.

¿Tiene remedio este peligro radical? La parábola de la cizaña está contada para esclarecer una enseñanza distinta. Pero la podemos acomodar a nuestro asunto. El dueño del campo decidió: "no arranquéis la cizaña; no sea que arranquéis también el trigo". Si la distinción es imposible, más vale tener paciencia.

Estoy estudiando al anochecer; oscurece y enciendo la lámpara de mesa. El calor de la bombilla me marea un poco. Para evitar el calor, puedo apagar la bombilla; pero entonces no puedo estudiar. Más vale seguir estudiando con la luz encendida, y tener paciencia. También se podría buscar otra solución: luz fría; separando luz y calor, nos quedamos con la luz sin las molestias del calor.

Del mismo modo están conjugadas en el hombre las fuerzas diversas; y aún más las operaciones diversas, provechosas y dañosas, de la misma fuerza. Si aniquilar la actuación dañina exige destruir la fuerza, más vale tener paciencia. Si el arrancar las falsas convicciones entraña el arrancar las verdaderas, más vale tener paciencia. Puede ser que en la masa del pueblo las cosas hayan de seguir así por muchos años. Puede ser que con el tiempo evolucionen hacia una sana distinción. Convendría intentarlo en la educación de las nuevas generaciones, comenzando en la familia y en la escuela.

Pero en la gente culta, en los intelectuales seculares y clericales, el esfuerzo es necesario y urgente. Nuestra actitud dogmática exige una revisión a fondo. Una revisión sincera en los jóvenes, porque está comprometiendo su formación actual, su actuación futura. Y hemos quedado en que la formación es una responsabilidad personal.

LUIS ALONSO SCHÖKEL, S. J.